LAS AVENTURAS DEL CONEJO MÁGICO

DESTINO

ADAM KLINE Y BRIAN TAYLOR

ADAM KLINE Y BRIAN TAYLOR

LAS AVENTURAS DEL CONEJO MÁGICO

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Escape from Hat*
© del texto: Adam Kline, 2020
© de las ilustraciones: Brian Taylor, 2020
© de la traducción: Carlos Abreu Fetter, 2022
Publicado mediante acuerdo con HarperCollins Children's Books,
un sello de HarperCollins Publishers

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2022
ISBN: 978-84-08-23877-5
Depósito legal: B. 9.305-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

Cecil Bean era un chico con suerte, tanto buena como mala.

En cierta ocasión, una niña tiró un enorme chicle húmedo y pegajoso con sabor a sandía desde el balcón de su casa, que estaba en una cuarta planta, y le cayó a Cecil en todo el pelo, una circunstancia especialmente desagradable, dada su ligera alergia a la sandía. Y cuando Cecil estornudó, lo hizo con tanta fuerza que ocasionó que las hojas y la basura que había en el suelo revolotearan a lo loco por el

aire y que una sección particularmente extensa del diario local se le quedara pegada a un lado de la cocorota.

Sin embargo, con el rabillo del ojo, Cecil alcanzó a ver que el propietario de la peluquería El Mozalbete Empingorotado había publicado un gran anuncio en el periódico en el que proclamaba a bombo y platillo que, con motivo del sesquicentenario del establecimiento, se ofrecía a todos los niños llamados Cecil un corte de pelo gratis, por gentileza del estilista más exclusivo. Cuando Cecil salió del local con su flamante corte de pelo, la lanzachicles miró hacia abajo desde el balcón de la cuarta planta y de pronto decidió que los chicos eran considerablemente más interesantes de lo que le parecían antes.

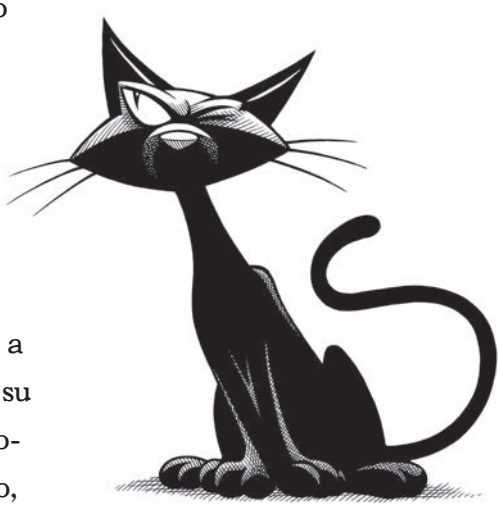
—¡Eh, niño! —le gritó desde arriba a Cecil—. ¡Me chifla tu estilo!

Así era la suerte de Cecil. Le sucedían cosas terribles seguidas de forma inevitable por cosas sumamente agradables. Sin embargo, no tenía la menor idea de cuál era la causa exacta de que experimentara estos bandazos de la fortuna. La mayoría de la gente no lo sabe.

La mala suerte era culpa de Millikin.

Vamos a ver: a cada persona del mundo la acecha su gato negro particular. Y Millikin era el de Cecil. Su misión consistía en cruzarse en su camino tan a menudo como le fuera posible, ya que, cada vez que lo hacía, a Cecil le ocurría algo malo. Algunos de esos sucesos no eran nada del otro jueves, como cuando había perdido la llave del candado de su bici, mientras que otros eran un poco más graves, como cuando había puesto por error unos chiles picantes en su sándwich de mantequilla de cacahuete.

Los gatos negros no son de este mundo. Proceden de un país oscuro y sombrío, y solo vienen al nuestro en horario de trabajo, durante el que se dedican a cruzarse en nuestro camino y cometer toda clase de fechorías. Millikin apreciaba mucho su empleo. En cambio, no apreciaba en absoluto a Leek.



Este seguía a Cecil a todas partes, pues era su conejo de la suerte personal (todos tenemos uno,

por supuesto, pero casi nunca nos percatamos de su presencia, pues poseen una astucia excepcional). Cada vez que a Cecil Bean le acaecía una terrible calamidad, Leek le rozaba el dobladillo del pantalón y todo salía bien, o incluso mejor que bien, como en el incidente del chicle.

Leek era el hijo número setecientos setenta y siete de un hijo número setecientos setenta y siete, por lo que daba incluso más suerte que los demás conejos. Pero Leek no procedía de un reino misterioso y oscuro, como Millikin, sino del jardín trasero de la casita de campo de los Bean, donde vivía en una acogedora madriguera a la izquierda del huerto de bok choy.

Al igual que Millikin, Leek adoraba su trabajo. A diferencia de Millikin, también adoraba a Cecil, con todas las fibras de su ser. Si de él hubiera dependido (lo que por desgracia no era el caso), Cecil jamás habría tenido mala suerte. Sin embargo, debido al inmemorial conflicto entre los gatos negros y los conejos de la suerte, a Leek no le quedaba más remedio que vigilar de cerca a su amigo, por un lado, y a Millikin, por otro.

«Millikin —pensaba— es un tunante» (una

palabra algo pomposa que significa «bribón». Y si Leek hubiera conocido una palabra del todo pomposa para referirse a un bribón, la habría utilizado).

El gato, por su parte, estaba hasta los mismísimos bigotes de las intromisiones de Leek. ¡Sus injerencias resultaban tan frustrantes…! Cuando Millikin había creado nubarrones magníficos para calar a Cecil hasta los calzoncillos, Leek había hecho aparecer por arte de magia un impermeable de color amarillo chillón, y, por si fuera poco, unas botas a juego. Cuando el gato había provocado un brote de varicela para estropearle las vacaciones al niño, Leek había contraatacado con una variedad poco común de anticuerpos llamados Vulpes carnivoros que se habían zampado la varicela en un pispás. Y cuando Millikin había conseguido de alguna manera sembrar en torno a la residencia de los Bean un círculo de cacas de perro humeantes y verdes, con el

fin de asegurarse de que Cecil pisara varias, Leek había materializado un ejército de escarabajos peloteros que habían formado bolitas bien redondas con las cacas y se las habían llevado para jugar a la petanca con ellas.

Tras una vida entera de derrotas, Millikin estaba harto de perder, en gran parte porque esto le producía una honda infelicidad. Había hablado largo y tendido con su terapeuta, que había llegado a la conclusión bastante lógica de que Leek era la raíz del problema. Y es que cada aplastante fracaso del gato minaba su seguridad en sí mismo, menguaba su amor propio y no dejaba en su interior más que una persistente melarquía, que no es más que una palabra pomposa para referirse a la depresión. Todo era culpa de Leek, había anunciado el terapeuta. Millikin jamás conocería la auténtica dicha mientras ese entrometido frustrara todos sus planes.

Fue entonces cuando a Millikin se le ocurrió la Idea Más Siniestra de su Vida™.

¿Qué ocurriría, se preguntó, si se cruzara en el camino de Leek, en vez de en el de Cecil?

Más o menos por la misma época, una caravana de lo más insólita emergía de los Páramos del Norte

y avanzaba con un traqueteo lento y algo siniestro hacia el centro de la aldea. A diferencia de las caravanas normales, no era de colores carmesí y dorado relumbrante, ni iba repleta de acróbatas, gorros de papel y refrescos bien fríos. No, se trataba de una caravana polvorienta y cutre, y tiraba de ella un cacharro endeble, un bicitaxi destartalado construido a bajo coste con piezas de un Chevy Corvair. La caravana no transportaba más que un puñado de trucos de magia chapuceros y a un viejo maquinador que se hacía pasar por mago. Se llamaba el Gran Imbrolio y llevaba una chistera negra que en realidad no le pertenecía, pero que en aquel momento obraba en su poder.

A la mañana siguiente, Leek salió de su madriguera en el jardín y, como de costumbre, se dispuso a trabajar. Cecil acababa de salir de la casita de los Bean, y Leek decidió que haría cuanto estuviera en su pata para que el chico gozara de una fortuna excepcional ese día. Acto seguido, el conejo comenzó a avanzar a saltitos en pos del niño, que iba a hacer recados.

No cayó en la cuenta de que, unos pasos más adelante, una figura felina oscura y sombría se cruzaba

en su camino, trazando una línea invisible de mala suerte que Leek atravesó sin darse cuenta.

Exactamente seis segundos después, Leek vio al Rábano.

La hortaliza se alzaba ante él, grande y hermosa, despidiendo un aroma exquisito, como si fuera el rábano más delicioso que jamás hubiera existido. Cuando la brisa transportó su agradable olor hasta las narices de Leek, se le retorcieron los bigotes y sus tripas soltaron un rugido muy poco delicado.

«Flaco favor le haría a Cecil —reflexionó Leek— si no me zampara ese rábano para estar lleno de energía.»

Sin embargo, cuando Leek recogió la hortaliza, a todas luces un espécimen de la mejor calidad, todo se volvió negro. A decir verdad, el rábano era algo más que un rábano: lo habían puesto allí como cebo.

Huelga decir que a Cecil no le fue nada bien el día. De hecho, ¡no recordaba haber tenido un día más desafortunado en la vida! Millikin consideró un gran triunfo que esa tarde el muchacho regresara a casa con las rodillas raspadas, los dedos de los pies magullados por habérselos golpeado contra un bordillo y habiendo perdido todas sus canicas por tener

los bolsillos agujereados. Apestaba de mala manera debido a un encuentro fortuito con una mofeta que tenía un excesivo sentido de la territorialidad y había entrado en contacto con una especie poco común de hiedra venenosa que, por algún motivo, solo producía picor en el trasero de la víctima.

Lo único que podía alegrarle el día a Cecil era el espectáculo de magia.

Todos los niños de la aldea estaban pletóricos de emoción, y cuando las sombras del anochecer cayeron sobre el pueblo como un mal presentimiento, una multitud considerable se arracimó en torno a la misteriosa caravana del Gran Imbrolio, que salió de ella envuelto en una repentina nube de humo morado.

—Me llamo Gran Imbrolio —dijo el Gran Imbrolio—. Y soy un mago muy famoso.

—¡Hurra! —bramó la multitud.

—¡Hurra! —gritó Cecil, rascándose el trasero con aire distraído.

—Y ahora —siseó el Gran Imbrolio—, ¡que empiece la función!

Por desgracia, la función fue de todo menos mágica. Saltaba a la vista que utilizaba cartas marcadas.

Se notaba mucho que su Esfera Mística de Levitación colgaba de un hilo y que la sarta de pañuelos de colores que se sacaba del puño estaba metida en una pernera. Mucho antes de que el Gran Imbrolio llegara a sus mejores trucos, el público comenzó a abuchearlo.

—¡Farsante!

—¡Charlatán!

—¡Estafador!

—¡Tramposo!

—¡Papirote!

A todos los presentes les quedó meridianamente claro que Imbrolio no era grande ni por asomo. Lo que nadie podía saber, al menos de momento, era que sí se encontraban en presencia de algo verdaderamente especial, rebosante de maravillas y magia auténtica. Y es que, aunque el Gran Imbrolio era mediocre hasta decir basta —y de hecho estaba muy por debajo de la media en lo que a higiene personal se refiere—, sí que guardaba un secreto extraordinario en la manga. O, mejor dicho, en la cabeza.

—¡Silencio! —Su voz tenía un timbre tan espantoso, tan escalofriante, que incluso el tipo musculoso de la última fila decidió dejar de marcar pectorales

y de llamar «papirote» a la gente—. Para mi último truco, necesitaré un voluntario del público.

Cecil Bean alzó la mano con la que no estaba rascándose el trasero.

—¡Tú, muchacho! ¡Sube al escenario!

Cecil así lo hizo. Y entonces el Gran Imbrolio le tendió su chistera.

—¿Estás de acuerdo, muchacho, en que este sombrero es absolutamente normal? ¿Verdad que nunca habías examinado un sombrero más normal en tu vida?

Cecil examinó el sombrero. Era negro, de copa alta, forrado por dentro con una tela de color rojo intenso. Pero, salvo porque olía un poco al Gran Imbrolio, desde luego parecía de lo más normal. Así que Cecil asintió, en señal de que reconocía la aparente ordinariez de la chistera.

—¿Y estás de acuerdo, mi querido muchacho, en que este es un conejo normal?

El Gran Imbrolio hurgó en los pliegues de su capa y sacó un conejo, agarrándolo por las orejas.

Era Leek.

Cecil miró a Leek, y Leek miró a Cecil. El chico advirtió que los ojos del conejo destilaban una profunda

tristeza. No lograba sacudirse la sensación de que ya lo había visto antes. Por otro lado, no podía negar que, por lo demás, el animalillo le parecía tan normal como la chistera.

—En efecto —dijo el ilusionista—. Y ahora, ciudadanos de este villorrio de mala muerte, ¡contemplad la grandeza de Imbrolio! ¡Escuchad cómo recito antiguos ensalmos, en la olvidada lengua de los místicos! ¡Contemplad, asombraos…! —La última parte se la susurró solo a Leek—: Y ten cuidado.

El Gran Imbrolio metió al conejo en el sombrero con un movimiento brusco. Cuando Cecil echó un vistazo al interior, el animalillo había desaparecido.

La multitud soltó un grito ahogado de asombro. Eso sí que había sido un truco de magia.

Cecil esperó pacientemente mientras el mago hacía reverencias y agitaba el brazo en alto, pavoneándose por el escenario con aire triunfal. Pero la paciencia solo es una virtud en ciertas ocasiones, y a Cecil no le pareció que aquella fuera una de ellas, así que dio un tironcito a la capa del gran ilusionista.

—¿Cuándo va a traerlo de vuelta? —le preguntó.

El Gran Imbrolio entornó los ojos y los clavó en

IMBROLIO

Cecil, como quien contempla la mitad trasera de un gusano en una manzana después de haberle pegado un mordisco a la mitad delantera.

—El espectáculo ha terminado —declaró.

El Gran Imbrolio optó por no reconocer que, en realidad, no tenía la menor idea de cómo traer algo de vuelta de la chistera, y menos aún a Leek. De hecho, como comprobaremos pronto, la chistera ni siquiera era suya.

Leek chillaba durante su caída. Cayó durante tanto tiempo que, al cabo de un rato, tuvo que respirar hondo para seguir chillando. Pero, poco después, cuando bajó la vista, divisó una extensión blanca que crecía a un ritmo constante. De pronto, antes de lo que esperaba, se zambulló de cabeza en la blancura, que resultó ser nieve.

El conejo se quedó sentado un momento, mirando alrededor, y se sacudió la nieve de los bigotes. Al mirar alrededor no alcanzaba a divisar más que nieve por todas partes. Había aterrizado en una interminable tundra de soledad absoluta, salvo por un solitario punto negro que parecía estar moviéndose muy despacio a lo lejos, en el horizonte. Leek observó el punto

pensando en Cecil, en todos los terribles reveses del destino que sin duda sufriría, y deseó haber pasado de largo ese rábano.

De repente, el punto se detuvo, y a Leek le dio la clara impresión de que lo estaba mirando. Así era.

Justo seis segundos después, el punto se plantó ante él. Pero como ahora estaba tan cerca, ya no era precisamente un punto. Resultaba evidente que se trataba de un monstruo.

Se alzaba ante Leek soltando eructos de vapor por diversos orificios. Entonces se abrió un agujero en el centro de la cabeza del monstruo y por él asomó la cabeza de un gato negro.

—¡Advenedizo! —exclamó el gato (empleando una palabra pomposa para definir a alguien que está donde no le corresponde).

El monstruo con el gato en la cabeza alzó una pezuña enorme, ligeramente más grande que la casita de los Bean, según los cálculos de Leek. El conejo se quedó paralizado, algo que les ocurre a los de su especie cuando están tan asustados que la sangre se les hiela en las venas, un fenómeno que confiere a un ser normalmente ágil la rapidez media de un cubito de hielo.

Sin embargo, en el momento en el que la pezuña

se precipitaba hacia él, Leek notó que algo tiraba de su cuerpecito con fuerza desde debajo de la nieve. Y, de forma totalmente inesperada, el conejo se vio arrastrado hacia abajo hasta un túnel de techo bajo, que se estremeció con violencia cuando la monstruosa pezuña impactó contra la placa de hielo que lo cubría.

Frente a Leek había una coneja.

—Es peligroso andar por la superficie sin compañía —susurró esta—. Los Brumobroncos están siempre al acecho.

—Lo siento —dijo Leek—, pero me temo que me he perdido. Soy responsable de un niño llamado Cecil Bean, que vive en una casita en una colina. En cuanto a mí, vivo en su jardín, en una acogedora madriguera que está justo a la izquierda del huerto de bok choy. Y es de vital importancia que regrese a su lado cuanto antes. ¡No quiero ni imaginar la terrible racha de mala suerte que debe de estar sufriendo sin que yo pueda socorrerlo!

—Todos hemos perdido a nuestros humanos —aseguró la coneja, encaminándose hacia la oscuridad y haciéndole señas a Leek para que la siguiera. De pronto se detuvo, se volvió y clavó en Leek una

mirada que hizo que se le erizaran los bigotes—. Me llamo Morel —añadió—. Bienvenido a Clac.

En ese instante, Cecil Bean, que se encontraba muy lejos, en un mundo aparte, pisó una enorme, verde y humeante caca de perro. Su suerte había empezado a cambiar a peor.